

Quinta Encuentra



**¡PUERTAS ABIERTAS,
PUERTAS CERRADAS!
RESULTANTE CREADORA**

OBJETIVO

Enseñar a reconocer las señales de Dios según la ley de la puerta abierta y la resultante creadora.

I. MOMENTO DE ORACION

Oración de Inicio:

(Junto a la oración de grupo, se puede incorporar los siguientes textos)

- **Lectura bíblica:** 1 Corintios 16, 7ss.
- **Hacia el Padre** N° 10, pág. 22

II. REVISION DEL PROPOSITO

Revisar y compartir

III. MOTIVACION

III.1. Un ejemplo histórico

El padre Kentenich siente que Dios le pide formar un tipo de hombre nuevo que responda a los grandes desafíos del mundo y de la Iglesia. Lo siente como una idea innata en él, pero no sabe como ni cuando iniciar esa misión. Mientras Dios no muestre otra cosa piensa ser un confesor de los "corderos pascuales". Es así como el nombramiento de Director Espiritual del Seminario

Menor, es para él una **"clara puerta abierta"** para realizar su misión.

III.2. Reflexiones

Señor, ¿qué quieres de mí?

El hombre providencialista es aquel que busca y realiza la voluntad del Dios que sale a su encuentro y le "habla" por medio de las voces del tiempo, del alma y del ser.

El P. Kentenich nos enseñó a ver, auscultando esas voces de Dios, qué "puertas" él nos abría (o cerraba).

Esta búsqueda de la voluntad de Dios debiera llegar a convertirse para nosotros en "una segunda naturaleza". Pero, para lograr esto, tenemos que "entrenarnos"; ejercitarnos conscientemente en la búsqueda cotidiana de la voluntad de Dios, tanto en lo pequeño como en las cosas de mayor relevancia.

De más está decir que no siempre estaremos enfrentados a coyunturas difíciles y de gran repercusión para toda nuestra vida, tales como casarse o no con una persona, o dejar o no nuestro empleo para abrir un negocio propio. Normalmente se nos plantean preguntas mucho más sencillas y cotidianas: ¿Quiere el Señor que participe en esa reunión?, ¿debo levantarme y ofrecer ayuda, o me quedo leyendo el diario?, etc. Por cierto, en estos casos el discernimiento es más simple.

Alguien podría decir quizás que este proceso es innecesario; que basta con la "buena intención" de hacer lo que Dios quiere. Pero sabemos que no basta; que son muchas las voces interiores y exteriores que nos llaman en otras direcciones; que nuestros criterios no siempre son los que brotan del Evangelio; que no siempre estamos dispuestos a actuar; que a menudo emprendemos algo y luego no lo concluimos o, por no evaluar, persistimos en un camino errado. Hoy más que nunca es necesario este aprendizaje, a fin de no dejarnos arrastrar por un ambiente mundano, sin valores cristianos.

Es preciso detenerse

Escuchar las voces del tiempo y ver la realidad con otros ojos, a la luz de la fe, descubrir qué puertas él nos abre, necesariamente implica detenerse. Esto parece evidente, pero sin embargo no lo

es. Generalmente no nos detenemos a observar, ni mucho menos a formarnos un juicio propio.

El hombre actual es un hombre vivido por las circunstancias: como un robot se mueve de una actividad a otra. No se detiene a escuchar, a observar o a contemplar. No está acostumbrado a "detener la máquina" para preguntarse qué está pasando, o para observar su propio comportamiento. Es un hombre que no sabe ni mirar ni admirar. Por la mañana ya salimos apurados de nuestra casa; trabajamos todo el día y, por la noche, regresamos rendidos de cansancio. Si ni siquiera en el plano humano somos capaces de darnos cuenta qué quiere o qué anhelos tiene la persona con la cual vivimos, sea esposa, esposo o hijos, o bien, qué están deseando las personas con las que trabajamos, ¿podremos creer que realmente seremos capaces de percibir lo que Dios espera de nosotros sin que nos demos el espacio necesario de tiempo para "conversar" con él?

El hombre de la fe práctica es un hombre que sabe detenerse para observar la realidad; es una persona que percibe lo que ocurre, tanto en su cercanía inmediata como en su entorno, en lo micro social como en lo macro social. ¡Cómo observaba y conocía el Padre Kentenich la realidad! Todo Schoenstatt no es sino una respuesta a lo que estaba pasando en el mundo, o lo que él había observado en las circunstancias de su tiempo. En ellas descubrió el querer de Dios.

La "ley de la puerta abierta" y la "ley de la resultante creadora"

Según el Padre Kentenich, vivir la fe en la divina Providencia consiste en dejarse guiar por la "ley de la puerta abierta" y la "ley de la resultante creadora". La "puerta abierta" –o, en ciertos casos, la "puerta cerrada"– corresponde a los signos o señales que Dios nos da, por medio de los cuales nos permite descubrir sus caminos. La expresión "puerta abierta" viene de san Pablo; la usa en su primera epístola a los Corintios, cuando dice: "Espero pasar algún tiempo entre vosotros si así lo permite el Señor, De todos modos, seguiré en Efeso hasta Pentecostés; porque se me ha abierto una puerta grande y prometedoras". (1Cor 16,7 ss; ver 2Cor 2,12; Col 4,3).

Observando los acontecimientos, auscultando las voces del tiempo, del alma y del ser, detectamos el camino por el cual nos quiere llevar el Señor. Nos preguntamos entonces, ¿qué puerta me abre Dios en este momento? O bien, ¿cuál es la puerta que él me cierra? ¿Por dónde quiere que vaya?

Normalmente me encontraré ante diversas posibilidades, preguntándome: ¿Es Dios quien realmente me abre esa puerta? ¿O son mis "ganas" las que determinan mi decisión? O quizás, incluso ¿no será el demonio quien me incita a ir por ese camino?

A veces no es sólo una "puerta" lo que Dios me abre, sino un auténtico "portón". Por el contrario, suele ocurrir también que él nos abre una puerta pequeña, o más aún, que sólo entreabre la puerta dejando apenas una rendija; y a veces, definitivamente nos cierra las puertas. En todo caso, es preciso hacer un discernimiento: debo observar, para luego clarificar y discernir lo que Dios quiere.

¿Cómo aprender a detectar por dónde él nos quiere guiar? Para ello es necesario desarrollar un cierto "olfato" con el que puedo percibir en los acontecimientos lo que Dios quiere de mí. La fe viva desarrolla una sensibilidad especial que nos permite "rastrear" el camino por donde el Señor pasa. Dicho con otra imagen: debo agudizar mi oído para distinguir y escuchar la voz del Señor, a fin de poder responderle con docilidad y prontitud.

La "**meditación de la vida**" es el "método" que nos permite detenernos y, en diálogo con Dios, descubrir las puertas que Dios nos abre. (Nos detendremos en ella en la próxima reunión).

Cuando hemos discernido la voluntad de Dios, tenemos que **ponerla en práctica**. Por eso hablamos de una fe "práctica" en la divina Providencia.

A veces Dios nos muestra simultáneamente todo lo que necesitamos saber: *qué quiere, cómo y cuándo* quiere que lo realicemos. En otros casos, lograremos precisar sólo la meta o dirección hacia la cual él nos llama. Entonces antes de actuar, debemos tomarnos el tiempo necesario hasta averiguar también el cómo y el cuándo, pues recién entonces estarán dadas las condiciones para un fecundo actuar en alianza con Dios.

No se trata aquí de la indecisión, pues puede ocurrir que aún es preciso esperar el momento más propicio para actuar, de acuerdo a la prudencia y a las posibilidades concretas o "puertas abiertas" que se nos presentan que él nos irá mostrando por las circunstancias. ¡Cuánta paciencia nos pide a veces el Señor!.

Ley de la resultante creadora

Después que hemos tratado de poner en práctica lo que hemos asumido como voluntad de Dios, se debe aplicar, según el Padre Kentenich, "**la ley de la resultante creadora**": luego de la acción, viene, entonces, la evaluación.

Considerando los efectos que se han dado de la puesta en práctica, es decir, por los resultados –por los frutos sobrenaturales, evangélicos- podemos evaluar si de verdad habíamos interpretado bien la voluntad de Dios. Si constatamos esos frutos, puedo deducir que he interpretado el plan de Dios porque los resultados no se pueden explicar sólo desde el punto de vista del actuar humano. Si constato, en cambio, una infecundidad o carencia de frutos evangélicos (paz del corazón, alegría, crecimiento en el amor, etc.), entonces debo revisar críticamente mi discernimiento.

La fe práctica es una búsqueda constante de la voluntad de Dios mediante la acción. Es una búsqueda, como hemos dicho, que muchas veces sucede en el claro-oscuro de la fe: normalmente nos hemos basado en una seguridad moral para actuar. Para comprobar si hemos decidido bien, el Padre Kentenich señala la necesidad de evaluar lo realizado a la *luz de los criterios evangélicos*.

Por los frutos podemos colegir si caminamos realmente por la senda del Señor (*ver Mt 7,16*). Pero al hablar de frutos, no nos referimos simplemente al éxito en el plano humano. En lo económico evaluamos la eficacia de nuestro análisis previo, observando la magnitud de las ganancias obtenidas en el negocio. Pero aquí, eso no basta como criterio para saber si estamos actuando según la voluntad de Dios. Lo que revela la acción de Dios es la abundancia de frutos evangélicos producidos como consecuencia de nuestra acción.

Estos frutos se pueden dar aun sin éxitos materiales. ¡Cuántas veces el camino del Señor nos lleva por fracasos, por soledad y dificultades! ¡Cuántas veces nos regala la abundancia de sus frutos en el dolor y la prueba! Lo que para el criterio humano es ganancia, a la luz del criterio de Cristo resulta ser pérdida. Lo que él busca y desea de nosotros son frutos que permanezcan: "Ustedes no me escogieron a mí. Soy yo quien los escogió a ustedes y los he puesto para que produzcan frutos y un fruto que permanezca" (*Jn 15,16*)

Por eso, cuando se dan dificultades o fracasos humanos, ello no significa que la resultante creadora sea negativa. La resultante creadora es negativa cuando baja el nivel espiritual, cuando disminuye la libertad, cuando uno se siente más esclavo de las cosas, del poder y del tener; cuando se está intranquilo y se ha hecho más materialista, más encerrado en su propio egoísmo, menos generoso, menos alegre. Estos son signos claros de una resultante negativa. En cambio, cuando estoy más cerca de Dios, cuando me siento más libre, cuando tengo más paz en el corazón, cuando he forjado a mi alrededor un ambiente de mayor unión, de mayor solidaridad, etc., entonces es cuando puedo estar seguro que voy por el buen camino.

La vida del cristiano es una aventura, una aventura de la fe. Por eso el Padre Kentenich habla de la historia de nuestra vida como la "*novela de mi vida*". Tal como dice la canción: "el camino se hace al andar". Pero no a tontas y a locas, sino con la alegría y la confianza de quien camina con Dios y con María. La vida del cristiano no consiste simplemente en cumplir mandamientos: primer mandamiento, segundo, tercero... no robar, no matar, no mentir... Vivir de la fe no es sólo esto. Estamos tratando con un Dios vivo, estamos dialogando con él. La vida según la fe práctica en la divina Providencia es una vida en alianza, de búsqueda, de riesgo, de un constante sopesar lo vivido a la luz de Dios, para luego seguir adelante seguir buscando, seguir proponiéndose derroteros. Fue así como vivió el Padre Kentenich y es así también como queremos vivir nosotros.

IV. DINAMICA

Elegir algún hecho, realización apostólica, etc. del grupo, rama, o Familia de Schönstatt, conocido por todos. Ante él nos preguntamos

1. ¿Cuáles fueron las puertas abiertas que Dios nos mostró y cual fue su resultante creadora?
2. Detectar alguna circunstancia donde no abrimos la puerta y, por lo tanto, no hubo resultante creadora.

V. PROPOSITO

Después de lo leído buscar un propósito personal, matrimonial y grupal